

MARCEL BATAILLON, *Pícaros y picaresca. La pícaro Justina* (Madrid, Taurus, 1969).

Con este título Marcel Bataillon, decidió publicar "esquemas de cursos, es decir, textos más bien alusivos con estudios en que puntualiza temas de algunas lecciones" (p. 11); las reseñas de estos cursos dictados por él entre los años 1948 y 1962 sobre algunos aspectos de la picaresca española se encontraban en los *Annuaire du Collège de France*. El libro consta de un prólogo en el cual Bataillon expone algunos puntos de vista en relación con el contenido de la obra y tres capítulos cuyos títulos son los siguientes: I Hacia los pícaros como realidad social; II *La pícaro Justina*; III Hacia el pícaro.

En el prólogo Bataillon plantea algunos problemas que pueden sorprender al lector.

1) Se trata de publicar esquemas de clases, lo que impide un desarrollo satisfactorio de las ideas expuestas; él mismo advierte al lector que debe tomar "mis resúmenes de cursos como ecos de momentos sucesivos de una larga investigación, cuyos presupuestos iniciales quedan superados, no como cuerpo de doctrina" (p. 13);

2) Son cursos dictados con una diferencia de años, lo que implica una profundización mayor, por una parte, pero también la posibilidad de contradicciones producto de una mayor y más profunda elaboración. "Podrán ser incitantes las contradicciones que se advierten entre las ideas del primer curso, preparado en 1948, sobre los "pobres" en la literatura picaresca y en la realidad social española de los siglos de oro y las ideas del último (1962) sobre la honra y la materia picaresca" (p. 12);

3) El propio Marcel Bataillon señala que la raíz de estas divergencias se debe a la influencia que en él ejerció en este lapso, la obra de A. Castro: "La síntesis de esta investigación más reciente, complementada por el estudio sobre los cristianos nuevos en el auge de la novela picaresca, permite darse cuenta de la creciente atención que he venido dedicando a la honra como tema obsesivo de la literatura española de tiempos de Felipe III y la tiranía de la limpieza de sangre como factor de esta obsesión. Es grata ocasión de declarar que, si bien me llamó la atención este factor desde 1945, año en que redactaba mi trabajo sobre *La desdicha por la honra*, de Lope de Vega (publicada en 1947 en la NRFH y reimpresso en *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid, Gredos, 1964), me ayudó mucho para aquilatarlo más y más la obra realizada por Américo Castro de veinte años a esta parte. Así contraí con mi viejo amigo una nueva deuda que reconozco —aunque no pago— con

dedicarle esta colección de trabajos sueltos" (p. 12). Esta influencia se evidencia en el estudio sobre *Los cristianos nuevos en el auge de la novela picaresca* (cap. 10 de la III parte).

El I curso (1948) enfoca a los pícaros como un fenómeno infraestructural de la superestructura social de la España de los siglos de oro; en cambio, en el segundo curso ya no se enfoca al pícaro en su realidad social sino que se considera y analiza el fenómeno literario "novela picaresca" como un producto de la superestructura capitalista.

I curso: *Hacia los pícaros como realidad social*, se limita a un estudio sobre *Los pobres en el siglo de oro. Novela picaresca e ideas sociales* en el que se plantea como problema inicial "saber si la novela picaresca está o no animada por un espíritu de crítica social" (p. 20) para ello hace un análisis más o menos detallado del problema de la mendicidad en España señalando como estos siglos significan una transición entre la caridad concebida como una virtud cristiana y la beneficencia pública, obligación institucional.

En este capítulo se ve, como señalábamos más arriba, que no desarrolla ni llega a conclusión alguna sobre la tesis planteada en relación con la novela picaresca propiamente tal, solamente se refiere a un tipo social: los mendigos que, sin razón, pareciera confundir con los pícaros y de los que más adelante aparentemente se desdice: "El autor de estas líneas tiene que reprocharse el haber unido hace tiempo de un modo demasiado simplista el advenimiento literario de los *pícaros* como un fenómeno de "contagio del vagabundeo a casi todo el cuerpo social". con un cambio de rumbo de la historia social en que, una vez enterrado Felipe II, "se diría que con el viejo campeón de la Contrarreforma se hunde toda una fachada de austeridad" (p. 175). "No es indiferente, sin duda, el que el padre de *Guzmán* y de *Justina* sean ambos *cristianos nuevos*, aunque situados diferentemente en aquella sociedad obsesionada por la imposible meta de la limpieza de sangre. Los libros de ambos autores exigen, para poder ser comprendidos, que los reexaminemos junto con el doble enfoque de sus técnicas literarias y de los problemas de aquellas clases privilegiadas a las que preocupaba el vagabundeo" (p. 199). Vemos como el estudio y análisis de estos temas ha llevado paulatinamente al autor desde su primer enfoque en el que parte identificando al pícaro como un tipo social hasta llegar a concebir la picaresca como un producto de la superestructura de la sociedad española.

II curso: *La pícaro Justina*, es el estudio más extenso en el cual incluso se propone una nueva visión de la obra: "*La pícaro Justina* ocupa en el presente volumen un lugar central y preponderante, no porque la considere como obra maestra injustamente postergada, sino porque me costó más desvelos que cualquier otra y me obligó a revisar mis ideas sobre materia picaresca" (p. 13). Bataillon señala cómo en *La pícaro Justina* los clásicos motivos picarescos se transforman o aparecen llevados a un límite máximo que denota su decadencia. "En cuanto a las páginas consagradas por *Justina* a la muerte de sus padres y el frenesí con que en ellas se entrega a la broma

sobrepasan, con mucho, los más amargos sarcasmos del *Buscón*. El héroe de Quevedo es capaz de sentir vergüenza. Justina, en cambio, ha llevado hasta el absurdo la objetividad adicional con que los pícaros, desde Pármeno y Lazarillo, hablan de la ignominia de sus padres. El innoble horror de aquellos funerales mesoneriles parece, en realidad, una transposición ultra-realista de las negociaciones y los ultrajes a que se veían expuestas algunas familias pendientes de expediente de limpieza de sangre, cuando en frase entonces consagrada, les “desenterraban sus muertos”. La insensibilidad de Justina ante el luto y la muerte está a tono con la indolente desenvoltura con que habla de cosas de la iglesia que ella pretende ignorar” (p. 40). Llama la atención la forma satírica y burlesca con que se refiere a los monumentos de la ciudad de León “...visita la Catedral que le sorprende con sus torres y chapiteles, así como por sus extensas vidrieras. Para Justina aquella iglesia es como “carroza del día del Corpus adornada de varios gallardetes y banderolas”. Lo que le parece más anticuado es el pórtico, semejante a una boca desdentada “(p. 127). Finaliza su trabajo sobre *La pícara Justina* haciendo un cotejo entre ésta y otras similares “en virtud de una correspondencia significativa que, sin duda, no dejaron de notar los que hicieron de él el “pícaro” por excelencia, hallamos en el libro III de la Primera Parte, cuando Guzmán se convierte en mendigo profesional, un detenido y halagüeño examen de la condición de los mendigos, lo cual hace juego con la toma de posición del héroe ante el estado de esportillero como forma posible de sabiduría y de felicidad. Sólo en este género de consideraciones existe la posibilidad de descubrir el denominador común de obras tan diferentes como *La Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache* y su continuación apócrifa, *La Vida del Pícaro compuesta por gallardo estilo en tercia rima* y *La Pícara Justina*, del Licenciado Francisco López de Ubeda”. (p. 181).

III curso: *Hacia el pícaro (sentido social de un fenómeno literario)* consta de dos temas: “La honra y la materia picaresca” en el que se analiza rápidamente el tema de la honra en diferentes novelas picarescas: “Al abordar el tema de la honra del “escudero” miserable, hemos vuelto a un tema más específicamente español que el de las engañifas del standing. Con este personaje anuncia el *Lazarillo* la edad de oro de la picaresca, de manera tan decisiva por lo menos con el propio Lázaro, el “mozo de muchos amos”. La feroz agresión de don Alonso Enríquez de Guzmán, “caballero desbaratado” contra los escuderos y contra su vanidad nobiliaria, la sátira en verso de la *Vida del escudero* marcan ya una agravación irreversible de lo ridículo de este tipo. Luna continuador del *Lazarillo*, satirizará con su cruel gracejo el aspecto por el cual estos personajes pretenciosos son, también ellos, “elementos del tren de vida” de ciertos nobles más afortunados. Luna transformará a Lázaro, ya viejo, en un escudero cuyos servicios se disputan y comparten siete pequeñas burguesas de ínfimo nivel. Espinel, en cambio, nos hace ver que la materia picaresca, unificada por sus temas, se diversifica por el ingenio de los autores que la tratan. Su *Marcos de Obregón* constituye, en efecto, una verdadera humanización y rehabilitación de la honra “escuderial”. Marcos encarna todas las virtudes del buen escudero; perfecto

servidor de los nobles, se inspira en su orgullo matizándolo de filosofía, sin excederse del lugar que le corresponde en la jerarquía de las personas *honradas*. Casi nos atreveríamos a decir de él que es el perfecto anti-pícaro (p. 209). El segundo tema es *Los cristianos nuevos en el auge de la novela picaresca* en el que plantea su nueva posición; “durante muchos años había seguido yo la opinión corriente según la cual el *pícaro* literario (análogo al *gucux* francés, al *schelm* alemán y al *rogue* inglés), se caracterizaba por su nivel social y económico, su baja extracción o su caída en los bajos fondos... Pero, últimamente, al llevar a efecto un amplio estudio de la materia picaresca en la época de su gran moda en España, fines del siglo xvi y comienzos del xvii pude comprobar cómo los temas favoritos picarescos se organizaban no alrededor del tema del hambre, de la indigencia y de la lucha por la vida, sino alrededor de la *honra*, es decir, alrededor de la respetabilidad externa, que se funda en el traje, el tren de vida y la calidad social heredada, ya que el pícaro es la negación viva de esta honra externa, o porque desprecia tales vanidades, como el joven Guzmán convertido en pícaro-filósofo, o porque la usurpa con audacia como en el Buscón” (pp. 215-216). Especialmente significativo le parece desde este nuevo enfoque la relación que se establece entre Lázaro y su tercer amo, el escudero: “el joven Lázaro anuncia en él al pícaro, no porque sea un pobre diablo que sabe soportar el hambre y encontrar su propio sustento, sino a causa de la inolvidable asociación que él forma con el escudero famélico. Ambos representan en un hermoso díptico la tiranía de la honra y la indiferencia a ella” (p. 216). Siguiendo las insinuaciones de A. Castro en su libro *Hacia Cervantes*, Bataillon, estudia la novela picaresca como producto de los problemas que la honra desencadenaba entre los cristianos viejos. Concluye el autor que su afán ha sido convencer que “si estos libros famosos tienen un valor documental, no sólo nos instruyen sobre las costumbres de los bajos fondos sociales en que sitúan a los pícaros, sino también (y quizá más que nada) acerca de las preocupaciones sociales dominantes, o incluso obsesionantes, del público distinguido para quienes fueron escritos (p. 238) “Es decir, que el auge de la picaresca bajo Felipe III nunca será plenamente comprendido si se olvida la herencia medieval de la España de las tres religiones” (p. 243).

Agradecemos que Marcel Bataillon haya puesto a nuestra disposición estas guías de trabajo permitiéndonos un fácil acceso a sus investigaciones en los temas que él propone.

BERTA LÓPEZ